

FERNANDO CARMONA

Economista.

Comandante en Jefe Fidel Castro, Presidente de la República de Cuba; Comandantes de la Revolución Popular sandinista Henry Ruiz y Jaime Wheelock; Doctor Sergio Ramírez, Vicepresidente de Nicaragua, y Amigos todos de la Presidencia de este Encuentro pluralista y democrático:

Compañeros invitados y delegados:

Nuestro anfitrión de este encuentro, Fidel Castro, jefe del Estado socialista cubano, único país en este continente que nada depende de los Estados Unidos, libre de la onerosa carga de la deuda externa, la inflación y los graves desajustes financieros y comerciales propios de la crisis actual del sistema del capitalismo, y que, integrado a la comunidad socialista del CAME, en gran medida ha logrado ya relaciones exteriores correspondientes a las de un Nuevo Orden Económico Internacional, es la voz latinoamericana y mundial que en forma más insistente y lúcida llama la atención no sólo a la imposibilidad económica, política, jurídica y aun matemática y moral de que los países del Tercer Mundo, y sobre todo los de nuestra América, paguen la voluminosa deuda externa, contraída básicamente entre 1974 y 1981-82, con la banca monopolista transnacional, sino a la circunstancia de que este mismo hecho y una correlación internacional de fuerzas propicia a los pueblos, permite ahora un salto cualitativo en el escenario mundial.

Por vez primera en la historia del capitalismo los países subdesarrollados, estructuralmente dependientes, están en condiciones de tomar la iniciativa, frenar la agigantada explotación mediante la anulación, moratoria, suspensión de pagos o postergación indefinida de la deuda externa, y avanzar hacia el efectivo establecimiento de ese Nuevo Orden Económico Internacional aprobado por una abrumadora mayoría de naciones, desde 1974, en las Naciones Unidas.

En el orden del día de los pueblos explotados, de los condenados de la Tierra y de un gran número de

gobiernos que no sean las tiranías pro imperialistas, está toda una batalla estratégica, nos dice Fidel Castro, que no concluye, sino que apenas se inicia con el no pago de una deuda exterior que en gran parte fue dilapidada, convertida en enormes fugas de capital, principalmente a los Estados Unidos, y en no pocos casos en la acumulación de medios represivos contra los pueblos.

El carácter estratégico precisamente de esta batalla, está dado porque arranca de la comprensión de la naturaleza compleja de esta crisis del capitalismo monopolista de Estado transnacional, cuyos mecanismos de regulación, de indudable, aunque relativa eficacia durante dos décadas de expansión en la posguerra, entre los cuales los préstamos a los países subdesarrollados ocuparon un lugar principal, acabaron por engendrar una situación insostenible para la mayoría de la humanidad que constituye ese Tercer mundo, víctima, primero de la devaluación y más tarde de la revalorización del dólar, del creciente intercambio desigual, del proteccionismo rampante de las metrópolis del sistema, las tasas de interés fluctuantes impuestas por los monopolios bancarios internacionales, que en unos cuantos años ascendieron al doble y más, la dominación tecnológica y otras calamidades que los gobiernos y las oligarquías financieras de los países imperialistas, y en primer lugar de los Estados Unidos, pretenden vanamente eternizar a través de su Fondo Monetario Internacional, su GATT, su BID, su BIRF.

La estrategia de esta histórica lucha es también correcta, porque parte del reconocimiento de que, incluso, la cancelación de la deuda externa de que hablan ya nuestros pueblos no resolvería, sino que apenas mitigaría temporalmente los problemas de fondo, si todos los demás elementos del viejo Orden Económico Internacional imperialista siguen en pie. Y porque no propone la subversión, reitera el Presidente Castro, sino acciones que surgen de una profunda necesidad histórica y del interés, tanto de las mayorías populares obligadas a pagar los intereses de la deuda, ni siquiera el capital, con su hambre, el

creciente desempleo, la reducción de sus ingresos reales y de los servicios sociales estatales que reciben, como de los pequeños y medianos empresarios, y aun de aquellos mayores que no forman parte de la ridícula minoría de los vendepatrias de que habló Sandino, así como de los propios banqueros imperialistas que podrían recuperar su inversión con una disminución mínima del 12% de los presupuestos de guerra de las propias metrópolis.

Todos los pueblos de los países subdesarrollados y los desarrollados del sistema habrán de ganar con el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, o sea, con esquemas más justos y de genuina cooperación entre las naciones, que posibilitarían el desarrollo de aquéllos e impulsarían el de éstos, disminuirían el riesgo de dolorosos e incontrolables estallidos sociales, y contribuirían a debilitar el armamentismo y a reforzar las perspectivas de paz en el mundo, en vez de la extinción nuclear.

Puede hablarse así de la moratoria de paz, como se afirma en la Declaratoria Final del X Seminario Latinoamericano de Periodistas, concluido anteayer: en este mismo primer territorio libre de América, por ello, porque pese a la peligrosa agresividad del imperialismo reaganiano y sus intentos parcialmente exitosos por mantener aislados a nuestros pueblos y a nuestros gobiernos, la correlación internacional de fuerzas nos es ahora más favorable; porque la deuda externa es impagable y las políticas fondomonetaristas son insostenibles en el corto plazo, aun en países como México, con una mayor pero rápidamente menguante capacidad de pago; porque la irresoluble y ya larga crisis del capitalismo monopolista avanza y porque ésta y tales políticas despiertan más y más conciencias, la estrategia de cancelación de la deuda y exigencia del Nuevo Orden Económico Internacional no es utópica, es una estrategia viable que descansa en nuestra comprensión, en nuestra capacidad, nuestra decisión, nuestra inteligencia política para darle concreción en una brega que a todos nos compromete, desde México hasta la Argentina, desde Cuba, cuyo triunfo revolucionario an-

timperialista que inició la nueva era latinoamericana le confiere la autoridad para comenzar esta nueva lucha, hasta la última isla del Caribe, y desde las masas obreras y campesinas, de empleados, pequeños productores e intelectuales, creyentes y no, que cargan sobre sus espaldas el peso mayor de la deuda y de la crisis, hasta los funcionarios, políticos y empresarios que no quieren ver a nuestras patrias convertidas en apéndices del imperialismo, sin soberanía, sin una independencia y una identidad nacional y, además, convertidas en estados dictatoriales o más o menos democráticos, pero convulsos, estancados, inestables, y ello, sí, inviabilidades.

La clave está en que sepamos darle fuerza coherente, como insiste Fidel, a la unidad política interna, en una lucha que es del pueblo y de la nación frente al imperialismo, a las masas obreras y populares patrióticas, en las que hay también un lugar para las capas medias y pequeño-burguesas y para las fracciones de la clase dominante, dentro y fuera del Estado, que no sean meros cómplices, agentes o socios entreguistas del imperialismo. Y también en presionar, impulsar, favorecer la unidad política exterior de nuestros pueblos y gobiernos en una lucha que sólo podrá ser exitosa si no se libra aislada, o, incluso en todavía titubeantes, tímidos, parciales foros oficiales como el del Consenso de Cartagena, que, sin embargo, no dejan de reflejar la profunda necesidad histórica de avanzar hacia la cancelación de los tributos al imperialismo.

Desde luego, esta no es una lucha fácil. En México, por ejemplo, en que desde Porfirio Díaz y Victoriano Huerta, durante más de siete décadas no hemos padecido una dictadura castrense, donde hubo profundas y tempranas reformas estructurales y superestructurales, el petróleo y otros importantes recursos y actividades fueron nacionalizados desde hace medio siglo, donde el Estado ha tenido durante años y años una participación en el proceso económico y en la vida nacional todavía más grande que en la mayoría de los países latinoamericanos, que mantiene una política exterior en su aspecto

diplomático más independiente y donde nunca ha habido bases ni maniobras militares conjuntas con las fuerzas militares norteamericanas, y donde el desarrollo capitalista fue más rápido y estable durante un largo período, en verdad, desde 1934 hasta 1981, acelerado todavía más merced al hallazgo y exportación de grandes yacimientos petrolíferos en 1978-81, apenas si comienza a ponerse en entredicho la ilusión de la clase dominante de que era posible, mediante la renegociación bilateral de la deuda, pagar ésta y salir de la crisis.

Aunque, en la crisis, la conciencia antimperialista, y en particular sobre la necesidad de cancelar la deuda exterior, se extiende más y más entre diversas capas de la población, como lo revelaron los recientes comicios federales y locales, las fuerzas antimperialistas más definidas mantienen su vieja división y no siempre colocan la lucha por la independencia y la soberanía nacional —esto es, contra el imperialismo— en el primer plano que le corresponde.

Sí, es una lucha llena de obstáculos, ciertamente se necesita trascender los marcos del estrecho y contradictorio nacionalismo de la clase dominante, y elevar la acción solidaria, internacionalista de nuestros pueblos con los demás de nuestra América, en particular y en primer lugar con la pequeña Nicaragua, agredida y expuesta al inmenso peligro de la inmolación, por el imperialismo reaganiano, de un pueblo dispuesto a dar la vida por su Revolución Popular Sandinista, donde hoy está a prueba el principio de no intervención y autodeterminación y donde, en primer término, deberemos demostrar la impotencia histórica de los imperialistas para congelar, bloquear y ocupar militarmente cualquier país latinoamericano o del Tercer Mundo, que, aun sin realizar la revolución social, se niega a pagar su deuda y propugne el Nuevo Orden Económico Internacional.

Pero también es la lucha más prometedora, la que contribuirá, en México más que en otros países por su condición de uno de los principales deudores en el Tercer Mundo, a incidir en la correlación mundial de fuerzas en favor de

los pueblos. Al mismo tiempo, es una lucha que, en naciones como México, permitirá también reforzar la acción antimperialista toda, como una condición para modificar también la correlación interna de fuerzas que hoy es tan desfavorable al pueblo trabajador.

Esta es una tarea digna de nuestro tiempo, que nos acercará a la segunda independencia por la que luchó y murió Martí, y que en la Cuba que nació el Primero de Enero de 1959 tiene su primera, rica, estimulante, ineludible cristalización latinoamericana y caribeña. La batalla estratégica que aquí iniciamos por la cancelación de la deuda latinoamericana y por el Nuevo Orden Económico Mundial, es un hito en el camino hacia esa definitiva independencia.